

1º PREMIO “ANTONIO SEQUEROS” 2005
MODALIDAD: POESIA
AUTOR: MARIA ESCUDERO GOMEZ-PARDO (ORIHUELA)

“EGLOGA A MODO DE CORAZÓN”

Darí la vida
Por diez lugares suyos
JOSE EMILIO PACHECO

I

Escucha, tierra,
Patria junto al mar de mis recuerdos,
Infancia, lo que fui,
Abrazo del que no he de apartarme,
Hojasca confundida y prieta.
Escucha, tú:
Ahora se que eres mi patria de siempre,
Que esta luz
Junto al pino y la carrasca
Configuraba un territorio
Con voz propia y latidos de magnolio.
Que esta ceguera
era en realidad diluvio y ruido de jacas
convertido en sístole.
Que este ansia de volver a ti
Era una destino y un fuego
rendidamente aceptado
ahora que la edad dibuja certezas
y el tiempo juzga y derrama con sabiduría
el don de habitar territorios sagrados.

II

Escucha, escena de mi soledad
y también de aquello hurtado al olvido:
vine a ti y no sé por qué, ni por qué atraído,
ni qué me hizo detener entre tus pedregales
a contemplar mudo el fulgor de las chumberas,
el dialogo entre chicharras y Picus,
la voz del agua ocultándose desierta en tus acequias.
Escucha: te hice mía,
Tierra con nombres de lanza y azada,
como se arraiga el corazón a la carne
que es su espléndida memoria y su pulso sagrado,
para exhibirte como un escudo
y salvarme,
para morar en ti y habitar la piel
de la razón eterna y segura.

Porque tú, tierra donde escucho
La voz mediterránea que sorprende a mis venas
Con inquietud certera, tú,
eres al final la verdadera savia
junto a la que discurrir,
el viento noble y salino donde detener mi afán.
Escucha entonces, tierra:
yo te buscaba ignorando
que el jazmín tiene luz propia,
que el almendro acude puntual,
nunca más tarde de cuando al tambor se desgarrar,
y que el naranjo escribe largos poemas
únicamente al alcance del surco y la mano
sensible a la caricia que lo va deletreando.
Y es por eso, tierra,
que yo te hablo y te amo y sobre tu corteza
decido peregrinar hasta encontrarme.

III

Escucha, tierra: yo no entendía
Que la sal no es sólo razonable azote del viento,
Huella extraña y clemente,
sino que, desde su pequeña estatura, crece y devasta
hasta hacerse dueña del lugar, porque es salvaje
y clara, y su edad supera la velocidad y el ritmo
con que las estaciones se apresuran.
No entendía el dibujo de la duna,
ni el territorio que demarcan las gaviotas
aunque sea invierno y ellas permanezcan sabiamente cerca,
porque su alimento está allí, junto al alga y la roca,
cosido siempre al mismo devenir
donde el mar se llama mar
y el nombre, su nombre mediterráneo, es inmune
a las rupturas, las tormentas, los conclave del desaliento.

IV

Escúchame tú, tierra escrita desde la loma y el ciprés
Hasta la arena profunda de las caracolas:
Una vez te puse en mi oído
y te escuché gemir
con su voz de augur entre la carabina de las olas.
Algo querías decirme:
Quizás que, contra la tempestad,
Nada podría este aceite inocente
Que vagaba en mis manos.
Demasiada fuerza en aquella garganta citerea,
Demasiado vigor en su botín oculto de inviernos y armadas.

V

Tierra de cruces en el jardín de Orihuela,
De palmeras escuetas con vocación de oasis a su pesar.
Tierra desvela como un libro de alfanjes y cuchillos
Que serpentea hasta encontrarse
en el huérfano litoral
con la diáfana soledad de su rostro y su nombre.
Tierra del limón y el algarrobo aún joven,
del olor a brasa, el canto del gallo y la culebra,
donde nunca es tarde para detenerse
a contemplar y admirar las piñas derrotadas,
a envejecer sin prisa,
a descubrir que la luz está hecha de poemas
que simplemente se escriben alzando los ojos.

VI

Tierra del Bajo Segura: tierra del árbol
cuyo nombre desconozco,
árbol erguido y solitario
signo varado en el secano
donde, apenas doblado el camino, se levanta,
recibe, saluda, da la bienvenida
y recuerda que se encuentra el viajero
en el lugar cuya piedra no es patrimonio
común del olvido. Y que a lo lejos se divisa
el singular horizonte en que su corazón
ha de quedar prendido, robado y para siempre escrito.